

# LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD URBANA E INDUSTRIAL

JOSE ORLANDIS

La defensa de la familia en el mundo contemporáneo es un problema que plantea serias dificultades dimanadas, tanto de la estructura actual del grupo familiar, como del contexto ambiental dentro del cual ese grupo tiene que sobrevivir; las grandes comunidades humanas despersonalizadas, propias de las sociedades de masas, urbanas e industriales.

La historia social permite conocer la solidez y fortaleza que la familia tuvo durante muchos siglos; puede afirmarse que la institución familiar se mantuvo incólume hasta que se produjeron los grandes trasplantes de población desde los medios rurales o aglomeraciones urbanas a escala humana, donde las gentes estaban antes enraizadas, hasta los suburbios o “ciudades-dormitorio”, donde se albergan hoy millones de personas.

En todas esas sociedades pretéritas a que estamos haciendo referencia, la familia presentaba prácticamente las siguientes características: 1.º era un grupo familiar amplio, no la familia en sentido estricto, constituida exclusivamente por el matrimonio y los hijos. Se podía hablar incluso del “clan familiar”, que Jacques Heers ha estudiado en la sociedad europea de la Edad Media; 2.º tenía como centro —material y moral— una “casa” familiar, donde vivían de modo habitual no tan sólo padres e hijos, sino también ascendientes y colaterales, miembros igualmente de la comunidad doméstica; 3.º el individuo se sentía plenamente integrado en esa familia, con fuerte sentido de solidaridad entre todos sus componentes y con mentalidad, sentimientos y tradiciones comunes; 4.º estas familias existían en el mar-

co de una sociedad fuertemente vertebrada, —con múltiples relaciones vecinales, comarcales y religiosas—, en la cual las gentes se conocían y se trataban; el individuo no era un número, sino una persona con nombre propio y a veces incluso sobre nombre.

En este cuadro social nació la familia cristiana. La primera de todas, la Sagrada Familia, fue un hogar de pocas personas —Jesús, el hijo, María y José, los padres— con una vivienda propia, la casa de Nazareth, y un medio de vida, el taller de José. Pero los Evangelios nos permiten adivinar que la Sagrada Familia no vivió aislada, sino integrada de lleno en el círculo de los parientes y las relaciones sociales que constituían su contexto habitual. Los tres primeros capítulos de San Lucas —el Evangelio de la Infancia— son especialmente ilustrativos. María viajó a las montañas de Judea, a la ciudad de Isabel, tan pronto como supo que su anciana prima estaba encinta, para ayudar en las faenas domésticas, durante casi tres meses. María y José hacían anualmente la tradicional peregrinación para la fiesta de la Pascua, no solos sino en compañía de otros muchos parientes y amigos; por eso tardaron en advertir la pérdida del hijo Jesús, pensando que se encontraría *in comitatu* y buscándole luego *inter cognatos et votos* (Lc 2,44). Los “hermanos” y las “hermanas” del Señor, que las gentes relacionaban tan directamente con Jesús, dan idea de la amplitud de aquel grupo parental, mucho más extenso que la Sagrada Familia de Nazareth.

La familia en las sociedades pre-industriales, era un grupo humano sólidamente constituido. Su fortaleza provenía ante todo de la reciedumbre de sus estructuras: era estable y resistente porque era constitucionalmente fuerte. La familia podía considerarse en sentido propio célula viva de la sociedad: el individuo, primordialmente, se sentía miembro vivo de la familia y, en cuanto tal, se integraba en otras comunidades más amplias. La familia era el ámbito primero de la existencia humana y en ella se consumaban los principales acontecimientos de la vida de la persona. El hombre se sentía defendido por el grupo familiar y tenía la seguridad de que le dispensaría ayuda y protección en circunstancias difíciles o adversas: “my house is my castle”, mi casa es mi castillo, dice aludiendo a esta sólida casa familiar un viejo refrán jurídico inglés. La gente con familia cristiana no temía la soledad o el abandono en horas de vejez, invalidez o enfermedad.

Es bien patente que las circunstancias han variado de modo radical en las sociedades urbanas, producto de la civilización industrial. La familia se ha encogido hasta unas dimensiones mínimas y las condiciones ambientales no favorecen a menudo su solidez y estabilidad. Ahora, la familia necesita más que antes ser defendida, porque estructuralmente es menos fuerte y sin embargo sigue siendo tan indispensable como siempre. Actualmente, el tipo más frecuente de grupo familiar es la "pequeña familia", concebida como la pareja humana —marido y mujer— y una descendencia muchas veces exigua. Este tipo de familia no tiene de ordinario verdadera "casa" sino un angosto apartamento en un monstruoso edificio-colmena, perdido en un suburbio urbano o en una "ciudad-dormitorio". Si marido y mujer trabajan —como tantas veces ocurre— es difícil que exista el "hogar". Los esposos pasarán la mayor parte de la jornada en su puesto de trabajo, mientras el hijo o los hijos estarán en la escuela o guardería. Las horas de convivencia pueden reducirse al mínimo, salvo en los días festivos, si es que los padres saben defender esas jornadas para la familia.

Ante esta situación, cabe formular la siguiente pregunta: ¿es posible la existencia de una familia fuerte en la moderna sociedad industrial? Este tema parece presentarse en la hora actual como un primordial objetivo cristiano. La empresa no será fácil, pero es ineludible si la familia tiene que salvarse. En este orden de cosas podrían proponerse, entre otras, las siguientes sugerencias:

1.º La familia habría de concebirse como un grupo más amplio que el formado por el matrimonio y los hijos. La integración en la familia —y en el hogar— de ascendientes y colaterales, en la medida que sea posible, fortalece la comunidad doméstica y promueve la práctica de virtudes humanas y cristianas. El cuarto mandamiento de la Ley de Dios se guarda de modo efectivo con las personas mayores que comparten el hogar de sus hijos y nietos. Esta práctica fomenta la generosidad, reprime el egoísmo y es una gran obra de misericordia con los ancianos, que se libran de la triste soledad de residencia o asilos. La familia cumple así una valiosa misión social y sus miembros, recíprocamente, se enriquecen.

2.º Para hacer factible lo anterior, las ayudas públicas a la familia habrían de estar en proporción al número total de fa-

miliares que comparten la vida en un mismo hogar; y en esa misma proporción habrían de poder tener una vivienda adecuada, a la medida de sus necesidades.

3.º Urge dignificar profesionalmente el oficio de “ama de casa”. El hogar es el lugar ordinario de trabajo de la madre de familia; así ha de considerarse incluso desde el punto de vista laboral, de seguridad social, etc.

4.º Convendría, en la medida de lo posible, que los horarios laborales, permitiesen coincidir el mayor tiempo a padres e hijos, en las últimas horas del día

5.º Los fines de semana, laboralmente, se van prolongando. Habrían de aprovecharse para una más amplia convivencia de padres e hijos y también —en cuanto se pueda— con otros miembros —abuelos, hermanos, etc.— de la “familia amplia”. Esto podrá hacerse con más holgura en los períodos, normalmente veraniegos, de vacaciones.

6.º La escuela debe ser prolongación de la familia y complemento de su labor formativa. Los padres, cada vez más, han de intervenir de modo activo en la promoción o supervisión de los centros escolares donde se eduquen sus hijos.

Estas son algunas líneas de acción que quizá puedan contribuir a la buena marcha de una de las grandes tareas que tienen ante sí los cristianos de nuestro tiempo: construir una familia fuerte dentro de la sociedad urbana e industrial: una familia capaz de superar las pruebas a que la está sometiendo la difícil coyuntura de este fin de siglo.